

PARTICIPACION POPULAR, DEMOCRACIA Y ELECCIONES EN LA COYUNTURA CENTROAMERICANA ACTUAL

Jorge Cáceres

JORGE CACERES P.

Político. Profesor investigador de la Escuela de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional.
Actual director del Programa de Ciencias Sociales del CSUCA.

En los últimos tiempos los países centroamericanos han presenciado la celebración de procesos electorales de marcada importancia, si nos atenemos a las expectativas que éstos han generado tanto en el interior de aquéllos, como en el escenario internacional. Esto último se ha visto acentuado por el extraordinario énfasis que los medios de comunicación le han dado a la región, como reflejo de la política de la actual administración norteamericana hacia ésta. De ser pedazo poco conocido de tierra, perdido entre las grandes masas continentales, escenario de aventuras de piratería durante el período colonial, y luego modelo de "banana republics", dictaduras más o menos folclóricas y ejercicios de desembarco de la marina estadounidense, captura hoy día la atención pública mundial como lugar de confrontaciones cataclísmicas entre las grandes potencias. Dejando aparte el tema que si esta última percepción es o no acertada, en lo que sigue queremos aproximarnos a un elemento que la misma realidad parece presentar como central en la dinámica de conflicto centroamericano*. Nos referimos a la *participación popular*, tema naturalmente unido al de la *democracia*, pero que —sostendremos— tiene una relación bastante peculiar con el de las *elecciones*. Como aparecerá más adelante, nuestra posición es que si bien es cierto que la crisis centroamericana tiene como única resolución positiva la recuperación más vigorosa del ideal democrático, en las condiciones actuales las prácticas electorales vigentes en la mayoría de los países (con la única excepción de Costa Rica y, posiblemente, Nicaragua) soslayan lo esencial para el desarrollo de una vivencia democrática, al desconocer las demandas de participación política de sectores sociales con opciones sociopolíticas alternativas a los proyectos locales dominantes, y/o contestatarios a la hegemonía norteamericana en la región. Como resultado de esto, las elecciones tienen objetivos distintos a las expectativas que generan, tanto interna como externamente, objetivos que si bien difieren en cada país considerado, tienen en

común el que se limitan a satisfacer exigencias meramente coyunturales, sin resolverse efectivamente en una dinámica capaz de superar el conflicto político y social subyacente. Sin embargo, pese a ello revisten una importancia que hay que reconocer y evaluar cuidadosamente en cada caso.

En lo que sigue comentaremos los resultados electorales más recientes, en particular los del presente mes en El Salvador y Panamá. Aunque hay que reconocer que los resultados últimos de ellos no han quedado del todo definidos a la hora de redactar este artículo, sí nos parece posible identificar algunas líneas en la dirección de nuestra temática central. Finalmente, queremos recoger algunas reflexiones que nos parecen atinentes, y que esperamos refuercen nuestra afirmación anterior sobre la ambigüedad de los ejercicios electorales en las condiciones actuales que se viven en el área.

El caso panameño, por lo menos hasta este momento, pareciera ser el más volátil, dada la polarización producida entre el candidato del partido en el poder y el viejo caudillo popular, y los resultados tan fuertemente controvertidos por una u otra parte. Para muchos observadores externos se vuelve extremadamente difícil interpretar adecuadamente la situación, debido, entre otras razones, al hecho que la vida política panameña ha estado por tantos años marcada por una temática central, la situación de la Zona del Canal, que las distintas particularidades que ciertamente han existido desde hace mucho en el seno de clases y grupos sociales divergentes y hasta antagónicos, lo mismo que entre organizaciones y dirigencias políticas, han permanecido hasta cierto punto ocultas o desfiguradas. Ningún argumento sería más contundente para afirmar lo anterior que el que provee la experiencia electoral reciente, por medio de la figura carismática de Arnulfo Arias Madrid. De poco parecen haber servido los largos años de censura política y la experiencia populista del general Torrijos para apagar el atractivo de un político que nació casi con el siglo, y cuya participación activa se remonta a fechas tan remotas como 1931. (Vale la pena re-

* Vale la advertencia que incluimos a Panamá en la región.

cordar que ese fue el año en que llegó al poder el general Martínez en Salvador, y un año antes de la legendaria masacre en este país). Pero sería un error ver a esta candidatura como el simple resultado de la persistencia de una figura de arrastre popular, sin desconocer el indudable papel que en la candidatura de Arnulfo Arias ha jugado el hecho que se trata claramente del más grande —y probablemente el único luego de la muerte de Torrijos— líder de masas que existe en Panamá, hay que darse cuenta que aquella sólo fue posible por un hábil trabajo de suma de intereses en sí bastante heterogéneos. La suya es una típica "coalición opositora", cuyo único denominador común resulta ser el de contraponerse al grupo en el poder y el de contar con una figura atractiva para el pueblo, pero sin una verdadera articulación interna que asegure un ejercicio coherente de tal poder. El hecho que el torrijismo haya fracasado en su intento de constituirse en una hegemonía indiscutible en el seno de la sociedad panameña y que por el contrario el partido PRD, que sería su natural "heredero", no sea en definitiva más que el representante de una fracción de la clase dominante, explica no sólo la enorme proliferación partidista que se ha dado en las pasadas elecciones, sino que se haya podido producir una coalición con la capacidad de disputar seriamente el triunfo a la maquinaria oficialista. No es aquí el momento de evaluar quién "verdaderamente" ganó las elecciones. Dadas las circunstancias conocidas y el estrecho margen de la diferencia registrada oficialmente, probablemente nunca pueda saberse. Lo que sí vale la pena anotar es el apasionamiento levantado por la campaña y su sorprendente reflujo una vez conocidos los resultados definitivos. Nos preguntamos si esto no será un reflejo de lo que se ha comentado con frecuencia, que en definitiva lo que buscaban los partidarios de Arias Madrid no era más que la alternabilidad de los ladrones. . . . Lo más lamentable en el caso panameño es que no sólo han quedado efectivamente frustrados amplios sectores populares, que sin duda se vieron expresados en la candidatura opositora, sino que con esta experiencia se cierra un eslabón más del proceso de desmantelamiento del ensayo de representación popular que significó la Asamblea de Representantes de Corregimientos, creada en tiempos de Torrijos. Con todo lo que tuvo de limitado, este experimento procuraba convertir la participación política popular en algo más significativo en la vida cotidiana de la población, que el de acudir a las grandes convocatorias presidenciales cada cierto número de años. En lugar de avanzar en este camino, el pueblo panameño se ve condenado a retornar al fatalismo, que al fin de cuentas la política es cuestión de líderes (y ya ni eso, pues ni siquiera el más grande de ellos puede vencer. . .) y en definitiva, que el poder se perpetúa a sí mismo.



Nicolás Ardito Barletta, presidente de Panamá.

Lo anterior, sin embargo, no debe conducir a un pesimismo a quien haya observado el proceso electoral más detenidamente. Dentro del mismo se han ensayado algunos experimentos unitarios que, aunque sin haber llevado a captar el voto popular en un ambiente de gran polarización, han empezado a abrir la brecha en un espacio que en todo caso es relativamente nuevo para la mayoría de los panameños. Habrá que ver que nuevos ordenamientos se suceden en el futuro, y cómo la coalición ganadora de UNADE puede conciliar sus diversas tendencias, o algunas de ellas buscan expresarse más directamente fuera del gobierno. En ese país, en donde la frustración política todavía no ha llegado a los extremos de El Salvador, y donde la violencia todavía no es el árbitro cotidiano de las diferencias, habrá que ver en qué medida se articulan más claramente las demandas populares, y hasta dónde el sistema de dominación tiene la capacidad de generar un ámbito en que éstas pueden tener un peso verdaderamente efectivo, y no meramente simbólico.

En El Salvador, por otro lado, las elecciones pasadas desembocan en un resultado que, por previsto, no deja por eso de ser menos preñado de incertidumbres. Las posibilidades aquí nos parecen mucho menores que en el caso panameño de que el evento electoral y la constitución de un gobierno más o menos legitimado por el voto popular sean un paso efectivo en la conquista de los objetivos mínimos requeridos por un pueblo desangrado por largos años de

represión y guerra. Como es sabido, las recién pasadas elecciones son el último eslabón de una cadena de consultas electorales que parten de marzo de 1982, en que se convocaron para elegir una Asamblea Constituyente. El esquema electoral se presenta desde entonces como "la solución política" de un conflicto desarrollado particularmente a lo largo de la década de los 70, y que tuvo como centro crítico el golpe de Estado del 15 de octubre de 1979. Después del fracaso de las dos Juntas, la última de ellas presidida por el señor Duarte, y dada la impotencia militar ante una insurgencia armada de izquierda cada vez más fortalecida, y ante una derecha recalcitrante siempre a la búsqueda del golpe que le restituya rápidamente al control total del Estado, y con una dependencia absoluta de la ayuda militar norteamericana, a su vez fuertemente condicionada por la opinión pública de ese país, se hacía indispensable poner en operación un mecanismo que a la vez de proveer de legitimación externa al gobierno salvadoreño, permitiera conciliar en alguna manera las tendencias de derecha del espectro político y, por otro lado, sirviera de instrumento para desacreditar a la izquierda. En relación con esta última, el hecho de su no participación (asegurada por el ejercicio continuado del terrorismo de los notorios "escuadrones de la muerte"), y su eventual oposición al proceso electoral, permitirían contrarrestar las iniciativas provenientes de ese sector, en el sentido de encontrarle una salida pacífica al conflicto (la propuesta de diálogo y negociación del FDR-FMLN). Por otro lado, y en un contexto más amplio, la "salida electoral" se insertaría dentro de una estrategia más amplia, que permitiría discriminar a Nicaragua como país no-democrático.

No cabe duda que en gran medida los objetivos esperados con los ejercicios electorales se han logrado. Pero lo que nos interesa enfatizar es el hecho que desde un punto de vista menos coyuntural, los resultados están lejos de ser alentadores. Y eso porque creemos que cualquiera que sea la forma concreta en que se manifiesta una salida no violenta del conflicto, y para que ésta tenga visos de posibilidad, tienen que constituirse esferas de poder claramente definidas, capaces de poner en ejecución políticas coherentes y con un mínimo de garantía de estabilidad. Esto es válido tanto para el campo de la insurgencia armada de izquierda, como de parte del equipo de gobierno "legalmente constituido". Esto naturalmente pasa por la definición de campos y posiciones, excluyendo drásticamente aquellos cuya opción es única y exclusivamente la de la fuerza.

Si observamos, en El Salvador, el desarrollo de los acontecimientos internos a partir del 28 de marzo de 1982, hasta llegar a las elecciones de marzo y mayo del presente año, veremos cómo en vez de constituirse un gobierno só-

lido, las elecciones sólo sirvieron para establecer una palestra más visible para lo que en el fondo venía a ser una verdadera "guardia por el poder" entre los diferentes partidos. La no definición de una mayoría efectiva en la Constituyente dio paso a sucesivos intentos por obtener una primacía absoluta en la persona del mayor D'Aubuisson, quien pretendió ser nombrado Presidente de la República. Esto no podía ser aceptado ni por los democristianos ni por los norteamericanos, por lo que éstos pusieron todo su empeño, en forma bastante poco velada, por producir un entendimiento, aunque fuese coyuntural, entre las partes. De ahí surgió el llamado "gobierno de unidad nacional", que colocó al señor Alvaro Magaña en la presidencia, y luego el Pacto de Apaneca de 3 de agosto de 1982. Como resultado de éste, se repartieron los ministerios y las alcaldías entre los principales partidos, dejando cada vez más patente, por medio de estas instancias, las profundas incompatibilidades existentes entre ellos. La inestabilidad política acompaña todo el período de Magaña, lo mismo que los sucesivos embates de las fuerzas armadas de izquierda. Sin superar estas contradicciones, se desemboca en las elecciones del presente año, para seleccionar presidente y vicepresidente de la República. Mientras tanto, la flamante Constituyente, bajo la presidencia de D'Aubuisson, da a luz en diciembre de 1983 una nueva Constitución, en la cual se declara a sí misma como Asamblea Legislativa hasta el 30 de abril de 1985. La Constitución en sí misma no cambia nada, pero ha servido de plataforma a los grupos de extrema derecha para demostrar su fuerza, obligando a la DC a claudicar paso a paso, poniendo todas sus esperanzas en reconquistar el Ejecutivo a través de nuevas elecciones. Esto efectivamente lo ha logrado, aunque sea a costa de colocar a la extrema derecha y a su representante D'Aubuisson (quien seguirá siendo Presidente del Primer Poder del Estado, por cierto) con la autoridad que por el mismo ejercicio electoral pareciera haberle conferido el pueblo. . . . Por cierto que este último aspecto, legitimador de por sí, no ha escapado a quienes en Estados Unidos han visto con temor las declaradas intenciones de Duarte que se desembarazará de la extrema derecha. Así, el *Wall Street Journal* recientemente advertía que no se podía dejar de contar con quienes tenían más del 40 % del apoyo de la población. . . . En efecto, nada parece indicar que los términos con los que se inaugurará el gobierno de Duarte, en junio próximo, diferirán de las condiciones en que gobernó hasta el fin de la Segunda Junta. Por el contrario, sus adversarios declarados en el campo de la derecha terrorista se han consolidado aún más, y cuentan con nuevos instrumentos para boicotear cualquier iniciativa que cambie los términos en que se desarrollan las luchas políticas en El Salvador. Para éstos, el programa es simple: se trata de detener el avance de cual-

quier iniciativa que merme el poder económico y político con que cuentan, a la espera que la coyuntura internacional les permita desembarazarse de la molesta influencia del tibio reformismo demócratacristiano. Dudamos mucho que Duarte encuentre apoyo en Estados Unidos para algo más que ayuda militar (y la económica indispensable para no declarar la bancarrota total), continuando el equilibrio inestable que lo continuará minando cada día más. Por otra parte, y en la medida que la guerra se profundiza y extiende incluso fuera del territorio nacional, dependerá cada día más de las decisiones que se toman fuera de su control o influencia.



José Napoleón Duarte, presidente de El Salvador.

Nos preguntamos entonces, ¿qué papel está jugando en todo esto la participación popular, y qué sentido tiene hablar de desarrollo democrático para estos países? Sin duda que surge la tentación de tirar por la borda la idea misma de las elecciones, pero esto sería no sólo injusto sino también impráctico. Injusto porque no podemos desconocer que si bien en los casos reseñados las masas populares aparecen manipuladas e instrumentalizadas por fuerzas que escapan de su control, también es posible que, reconociendo sus límites, no estén dispuestas a utilizar todo recurso para expresarse, aunque sea en forma meramente simbólica, a favor o en contra de lo que aspiran o rechazan. Pensamos que también sería impráctico desconocer

la función real que juegan los procesos electorales en el seno de los aparatos de poder, como mecanismos de recomposición, efectiva o no, de los mismos. En este sentido, no es ni puede ser indiferente el que Duarte sea presidente y no D'Aubuisson, o que lo sea Ardito Barletta y no Arias Madrid.

Pero es preciso introducir más interrogantes en la experiencia electoral que estamos presenciando. Aunque la visión anterior coloca a ésta en un plano meramente instrumental, no pensamos que por ello debamos abandonar la esperanza que nuestros países puedan experimentar efectivos desarrollos democráticos. Los que sí se hace necesario es cambiar el punto de vista, la perspectiva, desde la cual enfocar a éstos. Esto último, aunque recientemente, parece ser una temática cada vez más presente en los medios políticos y académicos progresistas de América Latina¹. Aquí, no se trata ahora meramente de ver el dualismo "autoritarismo vs. democracia" en términos de una pretendida reivindicación de un principio liberal burgués, que por cierto sólo muy excepcionalmente se ha hecho presente en las formas que adoptó el Estado capitalista en nuestras formaciones dependientes. Actualmente hay cada vez más interés en profundizar en la raíces mismas de la idea democrática, removiendo lo que cabría calificar de verdaderas "adherencias ideológicas", impuestas por un sistema de dominación particular, interesado principalmente en convertir aquel ideal en un mecanismo capaz de encubrir la naturaleza contradictoria de las relaciones de explotación en que se basa.

La idea democrática debería recuperar su connotación más radical, como plena participación popular. Se trata entonces de algo más que de derribar a la oligarquía y al militarismo, y de poner valedares a la estrategia imperial, aunque lógicamente éstos son objetivos que a la vez se constituyen en precondiciones indispensables para una verdadera vivencia democrática.

No se agota tampoco en las formas económicas sobre las que se deberá basar una sociedad verdaderamente humana. Se trata de la caracterización de un "estilo alternativo", en el que está en juego también, como bien dice Enzo Faletto², el "principio mismo de representación de la Nación", incluidas la definición del sistema político, de las formas de legitimidad, del papel de las clases y de los regímenes de gobierno. . . Más que de una "recuperación" de la democracia, se trata de concebirla como una auténtica *creación*, en la que lo "popular" y lo "nacional" han aparecido ligados en la misma práctica histórica. Como nos indica el autor citado, no se trata ya más de la "integración" de los "sectores populares", sino de la presen-

cia del "pueblo" como sujeto de la historia nacional, que nos ha sido presentada hasta ahora como "la historia de los dominadores, donde la sola historia de los grupos dominados es sufrir la dominación". Dentro de esta perspectiva, la historia de "ese sujeto llamado pueblo" es la de su propia constitución como tal, a través de su lucha por la democratización del poder. . .

Un enfoque similar se encuentra en un reciente trabajo de Edelberto Torres Rivas, cuando caracteriza el nuevo radicalismo político en Centroamérica como una "experiencia nacional-popular de nuevo tipo". Según el autor los movimientos populares obrero-campesinos de la región desarrollan una marcada autonomía del control estatal o patronal, a la vez que por efecto de la "ausencia de mediaciones burguesas" del estilo de dominación existente, logran "alcanzar rápidamente una dimensión estrictamente política y nacional", en la que "lo corporativo-particular. . . es abandonado más o menos velozmente; tal vez, más por la intolerancia burguesa y la respuesta represiva que por conciencia de clase". En el seno de dichos movimientos se percibe "una convivencia de distintas formas de conciencia radical, pequeño burgués; la sensibilidad de los cristianos de izquierda, y, sin duda, el hondo rencor, preclasista, de los desclasados urbanos y . . . de las etnias indígenas", haciendo falta que "la unidad coagule. . . en una auténtica vanguardia nacional". Se plantea, asimismo, una pregunta, que sin embargo queda sin respuesta: "¿Cuál es el principio nacional-popular de estas verdaderas coaliciones inéditas de masas, que reclutan en todos los sectores de la sociedad?"³.

Si se observa por ejemplo la experiencia salvadoreña de los últimos trece años (la guerra con Honduras se presenta como un necesario punto de partida, por una serie de razones que no es preciso puntualizar aquí), dentro de la perspectiva a que nos estamos refiriendo, es posible levantar algunas hipótesis sobre lo que ha sido la lucha por la democratización del poder, en todos los niveles de la sociedad.

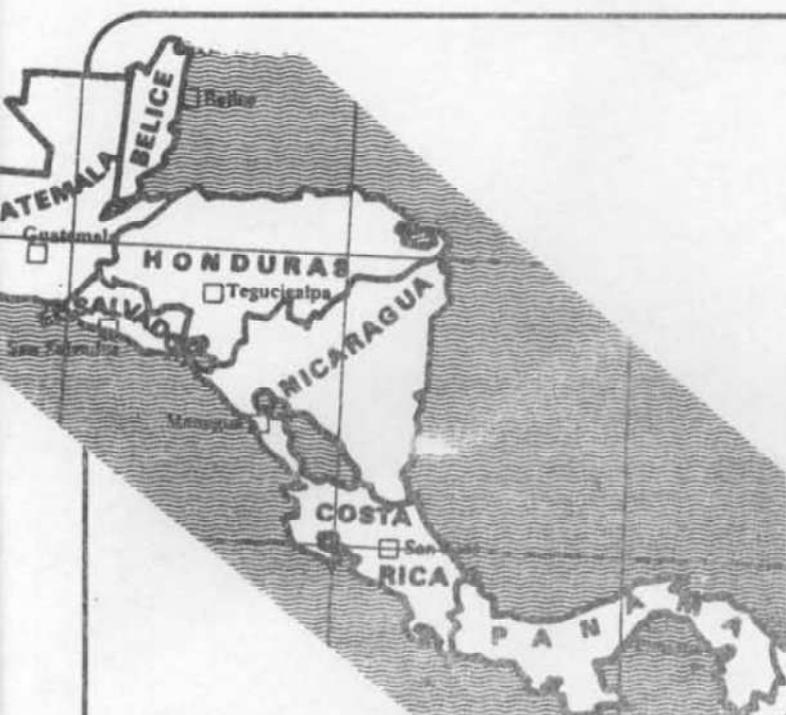
Frecuentemente se describe el proceso político salvadoreño de los últimos años en términos que pueden ser resumidos así: un pueblo frustrado por los sucesivos fraudes electorales, paulatinamente va tomando conciencia de la necesidad de la lucha revolucionaria, incorporándose a las organizaciones que vanguardizan ésta, hasta llegar a conformar un poder contestatario capaz de constituirse en una real alternativa de liberación. Efectivamente, gran parte de la agudización del conflicto puede explicarse en términos del deterioro total de las estructuras de mediación electoralistas. No volveremos aquí sobre la conocida

historia de los fraudes de los años 72, 74 y 77, que sobresalen dentro de una constante de preponderancia oficialista que se remonta por décadas. Es importante no perder de vista, ciertamente, que la participación popular en esas elecciones, bajo las banderas de la llamada "oposición legal", que para entonces ya estaba siendo seriamente cuestionada por la izquierda revolucionaria, fue creciendo siempre en términos numéricos hasta llegar a las elecciones de febrero de 1977, a partir de las cuales ese tipo de "oposición" se excluye por completo del campo tradicional para pasar a una etapa conspiratoria que conduciría al 15 de octubre de 1979. El hecho de que grandes masas de la población buscaron insistentemente todo ámbito de participación política, aún sabiendo sus limitaciones, es algo que no debe perderse de vista, incluso tal vez en la hora presente*.

Pero la imagen anterior puede resultar incompleta si no se profundiza en la historia misma del movimiento popular como un todo, y en particular en la del denominado "movimiento de masas". Las observaciones que hemos podido hacer sobre su génesis y dinámica nos sugieren la hipótesis que éstos llegan a definirse por su capacidad de generar un ámbito de socialización inédito, en cuyo seno no sólo se expresa una oposición al poder establecido, sino el germen de *nuevas formas participatorias eminentemente populares y, por lo tanto, radicalmente democráticas*. En la experiencia centroamericana difícilmente se encuentran parangones a la de la organización popular que se ha dado en El Salvador en la pasada década, sin la cual es imposible explicarse la fortaleza del movimiento revolucionario actual. Sus manifestaciones han sido sobradamente demostradas en términos cuantitativos, antes que el terror se ensañara en las masas populares, y renacen ahora en las diversas manifestaciones de oposición civil (recientes huelgas y nuevas organizaciones de trabajadores y empleados). Lo que no se ha destacado suficientemente es que en la organización popular parece dibujarse ya un nuevo principio de *representación* de la nación, contestatario o cuando menos complementario (en un nivel mucho más profundo y radical), de las formas burguesas centradas en el electoralismo. La experiencia de *organización popular* en muchos países centroamericanos, que se da a muchos niveles de la sociedad, nos permite aproximarnos con una base más realista a un planteo democrático para nuestros países.

Es obvio que tocamos aquí la problemática del "poder popular" y su sentido íntimo como organización cons-

* Aún considerando los fraudes, la coalición opositora recibe 70.000 votos más en 1977 que en 1972, según resultados oficiales.



situación de guerra ha afectado la presencia de las organizaciones populares en los espacios en que su desarrollo se generó en el curso de esta década. A nadie escapa que el aporte generoso de miles de militantes de ese sector a la constitución de la fuerza militar del FMLN constituye el pilar fundamental sobre el que se apoya la victoriosa presencia de éste. Pero también han ido quedando espacios en el seno de las capas populares en donde la presencia revolucionaria se ha visto disminuida o seriamente mediata. Las condiciones presentes hacen utópico plantearse la reconstrucción de pautas de organización de masas que obedecen a otros períodos y coyunturas, pero cabe esperar que, si las necesidades de la estrategia de poder lo exigen, se encontrarán fórmulas originales de presencia activa en los ámbitos que las contradicciones mismas del campo burgués y la fortaleza revolucionaria vayan posibilitando.

En todo caso, en estas notas también hemos destacado un elemento fundamental en la lucha ideológica: la opción revolucionaria centroamericana debe ser en su más íntima esencia una opción radicalmente democrática. Esto no se lo confiere la presencia formal de uno y otro sector social en el nivel de su expresión orgánica, ni mucho menos la adhesión abstracta a principios del liberalismo burgués. Su radicalismo estriba en su posibilidad de ser una creación popular auténtica, fruto de largas luchas y experiencias llevadas a todo lo largo de una historia salpicada de sangre, pero también de gloria. Esta democracia, presente en las duras condiciones del presente y defendida en donde ha sido necesario por la fuerza de las armas populares, deberá desarrollarse todavía más en la sociedad del futuro, que por ello podrá llamarse auténticamente socialista.

ciente del pueblo. Uno de los aspectos que el accionar de los últimos años ha incorporado a la experiencia revolucionaria salvadoreña, por ejemplo, y que tal vez por las mismas circunstancias que se viven se desconoce en toda su magnitud, es la de la organización del poder popular en las zonas liberadas y bajo control, asunto que constituye ciertamente tema de reflexiones en el seno de la organización revolucionaria. Por otra parte, la revolución nicaragüense experimenta dinámicamente en este campo, fuertemente condicionada por las necesidades que la defensa ante la intervención foránea le impone. En este terreno, será el futuro el que nos vendrá mostrando los frutos. Ciertamente hay que hacer constar que en el caso salvadoreño la

San José, mayo de 1984

NOTAS

1. Las ideas expuestas a continuación siguen la línea de otras publicaciones nuestras. Por ejemplo, en *Diálogo social*. Panamá. Febrero de 1984.
2. *Estilos alternativos de desarrollo y opciones políticas. Papel del movimiento popular*. FLACSO. Chile. 1981.
3. *Ocho claves para comprender la crisis política centroamericana*. *Polémica*. N° 1. Costa Rica. 1981.